

ALGUNAS
DIVAGACIONES
SUAVES,
DIFUSAS
Y CULTURALES
SOBRE
EL INQUIETANTE
TEMA DEL

APERTURISMO

PEDRO Picapiedra golpea salvajemente la puerta de su casa en la terrible noche prehistórica. Aúlla: «¡Wil-maaa! ¡Abreme la puerta! ¡Déjame entrar!». He aquí un aperturista. El aperturista es siempre el que está fuera. A veces lo es el que está dentro, si tiene una condenada prisa por salir. Pero ese caso no es este caso. Las últimas imágenes de las películas de Pedro Picapiedra no nos dejan saber nunca si la puerta se abre al fin o no. Terrible angustia.

«Il faut qu'une porte soit ouverte ou fermée», decía Marivaux. Era un cartesiano y, por lo tanto, vivía en el error. Una puerta puede no estar abierta ni cerrada, sino todo lo contrario —¿quién duda que Tono y Mihura son más españoles y menos cartesianos que Marivaux?— y mantener en una terrible tensión de ánimo a los aperturistas de fuera. Hay puertas que nunca se sabe si están abiertas o cerradas. Por ejemplo, las giratorias. Los novatos no saben nunca si están entrando o saliendo: se cuentan de algunos que han pasado una jornada entera en el canchilón. Los nuevos aperturistas son novatos en esta puerta: son viejos que cuando estaban dentro no creyeron demasiado en las aperturas. Por eso ahora, de tanto girar, comienzan a hablar de centrismo. Hay otras terribles puertas, las de cristal: bien limpiadas, con su cristasol, su búfalo o su netol, uno se cree que no hay tal puerta y estrella contra ella sus valiosas narices —el órgano del olfato, tan necesario en los casos de aperturismo—. Hay aperturas que matan.

Otra delicada situación es la de los que se creen que están dentro y están fuera. Por ejemplo, don Blas Piñar. Clama continuamente contra la apertura porque se cree que está dentro, y está fuera. Si escuchara su propio clamor, comprendería que es la voz del que está fuera.

También hay quien no necesita puertas para entrar. Por ejemplo, los muertos. «Los muertos se han de filtrar por la pared; adelante»,

dice don Juan Tenorio, y acota Zorrilla: «La estatua de don Gonzalo pasa por la puerta, sin abrirla y sin hacer ruido». En esta inteligente acotación se encuentra la mejor máxima del aperturista: no abrir la puerta, sino pasar a través de ella. Y, en ningún caso, hacer ruido. Esa interesante escena —la primera de la segunda parte— está realmente llena de lecciones para aperturistas y anti-aperturistas. Merece la pena recordarla, a manera de guía. La puerta de la casa de don Juan está sólidamente cerrada, mientras dentro se celebra el rico convivio de los amiguetes golfantes sevillanos. Se oye un aldabonazo, luego otro. «Ciutti, si vuelve a llamar — suéltale un pistoletazo », dice don Juan a su guerrillero, con clara postura dialéctica. Pero y así todo, suena una aldabada más, «postrera», dirá Ciutti, para rimar con «escalera», que es donde ya se encuentra el intruso aperturista. «Mis armas cargué con bala», dice entonces don Juan. Pero «bala» rima, ay, con antesala: el aperturista está cada vez más acerca de la cena. Tiende, sin duda, a comérsela, lo cual no puede consentir jamás un verdadero enemigo de la apertura. Como todos los que ven el peligro cerca, don Juan prefiere creer que es una broma: «¡Ya! Mis llaves en manojo — habréis dado a la fantasma, y que entre así no me pasma; — mas no saldrá a vuestro antojo — ni me han de impedir cenar — vuestras farásas desdichadas». Las alusiones a la cena son, como se ve, continuas y en ello vemos el genio profético de Zorrilla, que profetizaba ya las cenas políticas. Don Juan, entonces, echa más cerrojos y se satisface de ello: «Ya están las puertas cerradas: — ahora el coco, para entrar — tendrá que echarlas al suelo — y en el punto en que lo intente — que con los muertos se cuente — y apele después al cielo». Beben los amiguetes un cariñena, comen su festín y se mondan —vulgar expresión que, sin embargo, refleja bien el estado de ánimo de los de dentro— con esta idea: «Mas me ocu-

rre en este instante — que nos podemos mofar — de los de fuera invitándonos — a probar su sutileza entrándose en esta pieza — y sus puertas no franqueándonos». El manual del antiaperturismo alcanza aquí, como se ve, la cima máxima del magisterio: hay que invitar a entrar al de fuera, pero sólo para reirse de él y en ningún caso abriéndole la entrada: que pruebe él su sutileza. A esto corresponde el aperturismo de los de dentro. Buenos cerrojos y, por si acaso, pistolas amartilladas. ¡Pero don Gonzalo pasa! «Tu necio orgullo delira, — don Juan; los hierros más gruesos — y los muros más espesos — se abren a mi paso: mira». Y la estatua se sume por la pared.

Lo peor para este aperturismo es que hay que estar muerto. Es el aperturismo por ósmosis. Estar muerto y estar vivo al mismo tiempo es muy difícil: es cosa de zombis. El zombi es un muerto viviente: el brujo vudú le ha dado su bebedizo, le ha enterrado de día, le ha sacado de su tumba de noche. Y le ha puesto a trabajar por su cuenta. El zombi da la impresión de que actúa por sí mismo: en realidad, lo hace por cuenta del brujo vudú. Si uno está enteramente vivo y no sigue a ningún brujo, no puede practicar el aperturismo por ósmosis. Se habla mucho de filtraciones o infiltraciones, pero en realidad no se sabe de ningún caso concreto.

En la literatura se pueden encontrar otras enseñanzas. La del flautista de Hamelin. La montaña se abrió al son de su flauta. Aquí no vale. Los del Támano quisieron poner en escena la historia de Hamelin la temporada pasada: se les cerraron todas las puertas, incluso la del teatro donde habían actuado una sola vez. Hay la espantosa historia de «Sésamo, ábrete»: Kassim aprendió el secreto de su hermano Alí Babá, entró en la cueva del tesoro y los cuarenta ladrones descuartizaron al infortunado aperturista.

Hay el sistema madrileño, la voz gangosa del altavoz del Me-

tro que recomienda «Antes de entrar, dejen salir». Pero, ¿y si nadie sale? Entonces se entra a presión. Apertura se convierte en apertura: no vale. La cuestión es que dentro haya pocos; fuera, muchos. Y los aperturistas que están dentro, ya queda dicho, no son verdaderos aperturistas. Todo lo más quieren «probar la sutileza» de los Pedro Picapiedra, del coco, la fantasma, el zombi osmótico, el flautista, Kassim, del político en primavera. En primavera, cuando se abren —apertura biológica— las flores. «Que florezcan cien flores, que se abran cien escuelas», decía Mao en la primavera de 1957. Aquí, ahora, con el sentido escueto y recio de la primavera castellana, se dice: «Que florezcan tres flores, que se abran tres escuelas». A mucha gente esto le parece excesivo. El discurso de las tres flores, ¿no pretende un exceso de aperturismo? Sólo dos, y ya serían demasiadas. No olvidemos a nuestros clásicos: «Casa con dos puertas, mala es de guardar». Mejor una, mejor si es estrecha, si «la porte étroite» de Gide; estrecha como el ojo de una aguja, para que no pase el camello (la oposición está nutrida de camellos); aún mejor, ninguna puerta.

¿Para qué una puerta que se pueda abrir —practicable, se dice en el teatro—? Algunos contestan de una manera incoherente: para entrar en Europa. ¿Cómo pueden pensar que al abrir la puerta propia se va a entrar por la puerta ajena? ¿Y son los ajenos, los alienígenos, los audaces, desvergonzados, lúbricos europeos los que entran por nuestra puerta abierta?

¡Que florezca una flor, que se abra una escuela! Y aún podría ser demasiado... En la estepa castellana nunca floreció flor más frívola que el cardo, y si se abrieron escuelas fue contra la voluntad de los amos y contra la voluntad de los niños.

¡Que no florezca ninguna flor, que no se abra ninguna escuela! Al que pida apertura, se le puede abrir. En canal. ■ POZUELO.